sa todo lo necesario para conducirla á su pedestal.[1] En efecto, desde el día 9 de Noviembre de ese año 1803 apercibióse á suspenderla y colocarla en un carro construído especialmente para el caso; la operación fue tardía, y en 19 de dicho mes se sacó la estatua del taller, por la calle del Puente del Cuervo. "El carro estaba armado sobre seis pequeñas ruedas de bronce macizo. Rodaban éstas sobre gruesas planchas de madera muy sólida, que sucesivamente se tendían por ambos lados: *bastando sólo cuatro hombres para tirarla por medio de un sencillo torno.*" La marcha se hacía con lentitud para evitar cualquiera contingencia, y se siguió por las calles de Chiconautla, segunda y tercera del Relox, y la del Seminario, á desembocar á la Plaza mayor. Salió la estatua del taller, el día 19 de Noviembre, á las diez y media de la mañana; y llegó al pie del pedestal á las diez y cuarto de la noche del 23. El día 28 fue el señalado para la elevación y colocación en el pedestal. Llegado ese día, el Virrey que lo era entonces D. José de Iturrigaray, fue á oir la misa de acción de gracias por la venida *del marítimo*, y vuelto á Palacio se asomó al balcón principal, y la comitiva en los demás. Á las once de la mañana, el Virrey hizo la señal correspondiente, y en el acto se dió comienzo á la operación de levantar la estatua, durando la maniobra, muy difícil por cierto, siete minutos, quedando á la altura de diez varas. Una vez dispuesta así la estatua sobre una andamiada, se procedió más tarde á la colocación; para lo cual volvieron á salir Gobernante y acompañamiento á los balcones á las doce y media; nuevamente la operación se suspendió para proseguirla en la tarde; concluyéndose en efecto, en cinco minutos, y á las cuatro, quedando la estatua vertical á los puntos en que debía fijarse. Al día siguiente 29 á las diez y media de la mañana se terminó felizmente la maniobra. Todo fue dirigido por el insigne Tolsa.

El 9 de Diciembre fue el señalado para descubrir la estatua. Hubo misa solemne en la Catedral; y cuando se rasgó el velo que ocultaba el monumento, las tropas presentaron las armas, la artillería hizo tres descargas, las músicas dejaron oir sus acordes y las campanas se echaron á vuelo. Repitiéronse en esta vez las propias escenas del 9 de Diciembre de 1796, fuegos artificiales, banquetes y *fiestas reales*. De esta suerte quedó inaugurada tan famosa y aplaudida estatua, hasta que, siempre por causa de nuestras contiendas, se quitó de allí transladándola á la Universidad, de donde se sacó para fijarla en el sitio en donde hoy la contemplamos, dando el frente al viejo paseo de Bucareli hoy transformándose en una grande avenida.

Finalmente, la estatua representa á Carlos IV vestido á la heróica, ginete en bello corcel. Ciñe la frente del monarca una corona de laurel; empuña el cetro en la diestra, y la otra mano está en actitud de señalar. El caballo aparece en el momento de dar el paso, y el conjunto es majestuoso, digno y grande. La altura total entre ginete y caballo es de cinco varas, veinticuatro pulgadas.

1 Todas estas noticias puede hallarlas el lector, ó en las *Gacetas* de la época, ó en el *Diccionario de Historia y de Geografía* [Apéndice].

El vulgo de México llama á esta estatua *El caballito de Troya*, nombre por el cual es generalmente conocida en la buena y pacífica ciudad de los palacios.

T

(PÁGINA 156).

La historia del célebre Enrico Martín ó Martínez, como se le llama generalmente, hállase enlazada íntimamente con la del Desagüe del Valle de México.

Ignórase de qué patria era Enrico, diciendo unos que de Bélgica, otros que de Holanda y algunos que de España; y por los muchos años que vivió en el Anáhuac considerábasele como mexicano.

Llegó á México el año 1607, dándole respetabilidad su vasta ilustración y talento, pues era Cosmógrafo del Rey de España, escritor, impresor de libros, matemático é hidráulico, al decir de uno de sus más imparciales biógrafos.

Gobernando la Nueva España el Virrey D. Luis de Velasco el segundo, nombró á Martínez Director de las obras del Desagüe, que se inauguraron con asistencia del mismo Virrey en 28 de Noviembre de 1607.

Habiendo corrido el agua de la laguna de Zumpango, en Septiembre de 1608, por el socavón abierto, se dió á Enrico una cadena de oro como albricias.

Pronto se conquistó su genio algunos enemigos, entre los que se hallaba Alonso de Arias, quien, al reanudarse las obras en 1611, rindió un informe criticándolas y diciendo que estaban erradas las medidas; habiéndose gastado hasta sólo aquella fecha 413,324 pesos.

Enrico trató desde luego de descargar su conciencia y su reputación científica; y, á su vez, presentó otro informe que subscribió en compañía de Alonso Sánchez Montemolín.

Como el Rey de España recibía siempre noticias contradictorias acerca del Desagüe, resolvió nombrar una persoma, entendido geómetra, que viniese á dar un dictamen sobre dichas obras; siendo el elegido Adrián Boot, quien

vino á México en 1614, declarándose desde luego enemigo de Enrico Martínez; dando esto origen á una serie de acontecimientos que se relatan en la Memoria de Zepeda.[1]

Por desgracia el año 1629 la ciudad sufrió una terrible inundación, subiendo el agua á dos varas de altura; pero como Enrico mandó obstruir las salidas de las aguas del rio de Cuautitlán, sin conocimiento del Virrey, se mandó poner preso á Martínez, quien salió de la cárcel en 21 de Septiembre (1629); notificándosele que procediera inmediatamente con todos los recursos necesarios á reducir las aguas del río de Cuautitlán para que no se uniesen á las del Valle, y que en cuanto al socavón, propusiese lo necesario para que se ejecutara tan pronto como pasase el tiempo de lluvias.

En 1630 aumentó la inundación; pero ya Enrico se hallaba triste, desengañado y enfermo.

"Este grande Ingeniero—dice el Sr. D. Luis G. de Anzorena, de quien he tomado las noticias anteriores—asombro de su época en este Continente, fue como todos los luminares que han aparecido en el mundo, censurado y envidiado. Tan pronto se le vió colmado de honores y obsequios como vilipendiado y envidiado. Ya se le separa de la dirección de las obras del Desagüe, y ya se le vuelve á llamar, convencido el Virrey de sus grandes artes y conocimientos en la ciencia de la Hidráulica; y en fin, en el año de 1632, agobiado por los sufrimientos, tanto morales como corporales, que había tenido, viejo, con la enfermedad de la gota, pobre, exhausto de fuerzas por sus muchos trabajos en el desagüe, menospreciado y afligido, cansado de sufrir la injusticia de los hombres y la envidia de sus compañeros, murió Enrico Martínez, habiéndosele sepultado en el presbiterio del altar mayor de la Iglesia Parroquial de Cuautitlán.

"Hasta doscientos años después de su muerte, no se hizo justicia al mérito de nuestro héroe, cabiéndole la satisfacción al C. Vicente Riva Palacio, Ministro de Fomento, de erigir un monumento que perpetuando la memoria de Enrico, diga á la posteridad que México ha sabido agradecer con su recuerdo los estudios y sufrimientos padecidos por el iniciador del Desagüe del Valle de México."

1 *Relación universal legítima, y verdadera del sitio en que está fondada la muy noble, insigne, y muy leal Ciudad de México*, etc., 1637.—Folio.

U

(PÁGINA 163).

La Historia del mundo que tiende desde hace algunos años á dilucidar todas las cuestiones de interés universal, y que va desvaneciendo todos los errores que se han prohijado, bien por la ligereza ó la ignorancia de los mismos encargados de formar la narración de los hechos de la humanidad, trata actualmente de dar á cada personaje su verdadero valor histórico y el papel que á cada uno corresponde representar en la escena de la vida.

Tal acontece ahora con el hecho de no confundir más dos célebres personalidades que intervinieron en el descubrimiento del Nuevo Mundo, cuales son los ilustres religiosos Fr. Juan Pérez y Fr. Antonio Marchena, que lamentablemente han venido formando un sólo individuo: Fr. Juan Pérez de Marchena. Así se lee en casi todos los autores modernos que en la obra del descubrimiento de América se ocupan; pero, por fortuna, las nuevas disquisiciones históricas llevadas á cabo por personas doctas y entendidas, parecen en este punto haber logrado su completo esclarecimiento.

En el *Estudio histórico-crítico*, que acerca de la vida y hechos de Cristóbal Colón, dió á luz en España hace unos diez años[1] el Sr. Rodríguez Pinilla, así como en otros autores que le han sucedido,[2] manifiestan ya la casi absoluta autenticidad de Fr. Juan Pérez y de Fr. Antonio Marchena.

Únicamente extractaré para conocimiento del lector que ignore este asunto ó del que no pueda haberse á las manos tales obras, los principales argumentos que existen para fundar dicha autenticidad, y que demuestran á las claras que nunca existió en el convento de la Rábida, ni mucho menos en los tiempos del inmortal Colón, un religioso que se llamara Juan Pérez de Marchena, ó Pérez Marchena, simplemente, sino que de dos personajes formóse por equívoco propalado en el mundo entero, uno sólo.

Por lo que hace á la autenticidad del Padre Pérez, se aduce lo siguiente:

1º—Por el más antiguo testimonio, que es el del físico del puerto de Palos García Hernández; el cual físico se dice que era íntimo amigo de Fr.

1 Rodríguez Pinilla.—*Colón en España. Estudio histórico-crítico sobre la vida y hechos del Descubridor del Nuevo-Mundo, personas, doctrinas y sucesos que contribuyeron al descubrimiento.*—Madrid, 1884.—4º

2 El Padre Coll en su obra *Colón y la Rábida*, sigue al autor precitado, en muchos puntos casi textualmente, aun cuando no hace referencia de él.

Juan Pérez, al que cita tres veces en la declaración que Hernández presentó en 1515 en el pleito entre D. Diego Colón y el fiscal del Rey; pues la primera vez dijo: *un fraile que se llamaba Fr. Juan Pérez, que es ya difunto;* la segunda: *é que dijo Cristóbal Colón al dicho Fr. Juan Pérez;* y la tercera: *que eligieron un hombre para que llevase una carta á la reina Doña Isabel, de dicho Fr. Juan Pérez, que era su confesor.*[1]

2º—Dícese, que en la Colección del Patronato del Archivo general de Sevilla, obra la declaración del alcalde mayor del puerto de Palos, Alonso Vélez, como testigo presentado en el pleito supradicho, á 2 de Noviembre de 1532: á la tercera pregunta dijo: "..... Que de lo que este caso sabe, es cerca de lo contenido en la pregunta, que vido este testigo, que el dicho Almirante Colón estuvo en la villa de Palos mucho tiempo publicando el descubrimiento de las Indias é posó en el monasterio de la Rábida, é comunicaba la negociación del descubrir con *fraile estrólogo* que ende estaba en el convento por Guardián é ansi mesmo con un Fray Juan que avía servido siendo mozo á la Reina doña Isabel Católica en oficio de contador. el cual sabida la negociación, fué al Real de Granada donde estaban entonces los Reyes Católicos." Hácense notar varias cosas en esta declaración: la primera que el testigo tenía en 1532 setenta años, y que alcanzó, de consiguiente, la fecha del descubrimiento: la segunda, que esta declaración es de fuerza, por aparecer dos personas bien definidas: el *fraile estrólogo,* que no era otro que Fr. Antonio Marchena, aunque no Guardián como equivocadamente dijo; y el Fr. Juan que desde luego es nuestro Pérez.

3º—En las probanzas hechas por el fiscal del Rey, el declarante Arias Pérez, vecino de Palos asegura (dice Navarrete, tomo III) que un fraile que fue á la corte con Colón se llamaba Juan Pérez.

4º—Que el nombre de Fr. Juan Pérez, cítanlo: Hernando Colón en su *Historia del Almirante,* capítulo XIII; el Padre Las Casas en su *Historia General de las Indias,* capítulo XXXI; Oviedo en su *Historia General y Natural de las Indias,* libro II, capítulo V; Navarrete en el tomo II, documento número 7 de su obra, etc., etc.

En cuanto á la autenticidad del Padre Marchena, trátase de probar:

1º—Por la consabida declaración del Alcalde de Palos en la cual habla del *fraile estrólogo* y del Padre Pérez.

2º—Por la cita que hace de dicho Padre Marchena, Fr. Bartolomé de las Casas, cuando dice: que "..... un religioso que había por nombre Fr. Antonio de Marchena, fue el que mucho le ayudo (á Colón) á que la Reina se persuadiese y aceptase la petición." Y más adelante: "..... tampoco

1 Obras citadas.

puede saber cuándo, ni en qué, ni cómo le favoreciese, ó qué entrada tuviera con los reyes el ya citado Fr. Antonio Marchena."[1]

3º—Por la cita que hace el propio Las Casas de una carta escrita por Colón á los Reyes desde la isla Española, en la que dice el Almirante: "*Nunca hallé ayuda de nadie, salvo de Fr. Antonio de Marchena, después de aquella de Dios eterno.*"[2]

4º—Conrfírmase el dicho de ser *estrólogo* el P. Marchena, por las siguientes palabras de una carta dirigida á Colón por los Reyes Católicos: "Nos parece que sería bien llevásedes con vos un buen estrólogo, y nos pareció que sería bueno para esto Fr. Antonio de Marchena, porque es buen estrólogo, y siempre nos pareció que se conformaba con vuestro parecer."[3]

Por este rápido extracto que basta para nuestro objeto, se comprenderá que, efectivamente, desde Gomara que escribió el año 1552, hasta estos últimos tiempos, la confusión ha sido lamentable; y con claridad se distinguen Fr. Juan Pérez de Fr. Antonio Marchena.

Creo en mi humildísimo concepto que la cuestión se ha colocado en su terreno propio, deslindando los campos; y, en consecuencia, no prohijemos ya por nuestra parte el error gravísimo de hacer de dos beneméritos é ilustres frailes á el falso Fr. Juan Pérez de Marchena.

1 *Historia General de las Indias,* parte 1ª, cap. XXXII.—Cita del P. Coll.
2 Ibid.
3 Navarrete, tomo II, documento 71.—Ibid.

Fin de las Notas.